

LA VERDADERA BELLEZA

Hace mucho, mucho tiempo, en un reino mágico de oriente...

El gran califa fruncía el ceño de preocupación, mientras paseaba nervioso de arriba abajo por toda la estancia. Sus pobladas cejas negras veteadas de gris, formaban una única línea en su frente, cubriendo de sombras sus oscuros y brillantes ojos.

El califa estaba preocupado sí, porque su única hija se convertía en mujer y él, cegado de amor paterno, no se había percatado hasta entonces.

Tras la muerte de su esposa, algunos años atrás, el califa volcó todo su amor en la preciosa princesita y jamás pensó que llegaría el fatídico día en el que tendría que verla ligada a otro hombre que no fuera él.

Sin embargo, sus consejeros le habían advertido del peligro que correría la princesa si no escogía pronto un marido. Sus enemigos de los territorios circundantes, en cuanto él exhalara su último aliento, reclamarían su reino, incluso por la fuerza si era necesario, si encontraban a una mujer sola en el trono.

Por eso el califa paseaba nervioso sobre sus mullidas alfombras persas, y se restregaba y apretaba sus sudorosas manos tras la espalda. ¿Cómo decirle a su cabezota hija que debía casarse?

La princesa, ajena a los pensamientos turbios de su padre, disfrutaba de un gratificante baño en el lago de los nenúfares. Por supuesto, doce criadas custodiaban en la orilla del lago, mujeres letales, vigilantes. Ningún varón osaría espiar a la princesa en la intimidad de su baño con semejante escolta.

Con un peine de marfil negro desenredaba su largo y lustroso cabello azabache. Su piel, bronceada tras años de exposición al brillante sol de oriente, era enjabonada suavemente por su doncella particular, que con los años, había terminado por convertirse en su mejor amiga, su única amiga.

Su madre había sido una princesa, proveniente de un lejano país del norte. De ella había heredado su belleza, el extraño y fascinante color de sus ojos, tan verdes como las esmeraldas que adornaban sus pendientes, pero también algo más...

Había algo, un pequeño detalle en su hermoso cuerpo que resultaba cuanto menos desconcertante. Algunas gentes osaron exclamar ante el horror que provocaba la visión de aquella imperfección. Estas gentes sucumbieron a la ira irracional del califa, y nunca volvieron a abrir la boca para criticar el aspecto de la princesa, jamás.

Su mano diestra asemejaba a la de una mujer anciana, rugosa y escamada. Las uñas de esta mano siempre crecían negras como la pez. A pesar de que a la princesa no le disgustaba el aspecto de su mano, solía llevarla enguantada, para evitar las miradas indiscretas de la servidumbre y los invitados. Su madre, que también poseía aquel extraño defecto, antes de morir le había explicado que era una bruja, y que sus poderes se habían manifestado en ella, su hija, en aquella espeluznante mano. Ésta le conferiría poderes insospechados incluso para su padre el califa. En su lecho de muerte, su madre le hizo prometer que ningún hombre conocería jamás su secreto, y así lo cumplió ella.

Con los años aprendió a utilizar aquel don que su madre le otorgó mediante su sangre, y nunca volvió a importarle la fealdad de su mano.

Al salir del agua se secó con una toalla perfumada con esencia de vainilla, y se vistió con una túnica azul y sus pantalones bombachos. La ropa que vestía no era especialmente lujosa, pero sí poseía una gran belleza en los intrincados dibujos y brillantes colores que adornaban la túnica. Además, resultaba lo bastante cómoda para

pasear por el palacio holgadamente. La princesa adoraba la belleza, la belleza pura que podía emanar de los objetos más simples o de las personas más humildes.

Una criada jovencísima fue corriendo adonde se encontraba la princesa y le comunicó que el califa deseaba verla de inmediato. Ella no estaba acostumbrada a que su padre la tratara de aquel modo, y se preocupó lo suficiente como para obedecer aquella orden apresuradamente y sin queja alguna.

- Hija mía, debes comprender la situación. Yo no viviré eternamente. Además ya he enviado las misivas a tus posibles pretendientes. La boda se celebrará lo antes posible en cuanto hayas escogido al más adecuado.

La princesa corrió hacia sus lujosos aposentos sin despedirse del califa, con lágrimas en sus ojos y con rabia en su corazón.

Largas y angustiosas semanas transcurrieron hasta que los primeros pretendientes comenzaron a llegar al palacio. En todo aquel tiempo la princesa no salió de sus aposentos, y no quiso recibir a nadie salvo a su doncella, que le traía bandejas con comida, leche y agua con las que sobrevivió a su voluntario cautiverio.

Al fin salió, vestida completamente de negro y con un velo opaco cubriendo su rostro y sus cabellos. El califa se alegró de ver por fin a su hija, aunque le extrañó su curioso atuendo. La princesa accedió a conocer a sus pretendientes, pero con sus propias condiciones. El califa no pudo negarse a la petición de su hija, pues lo único que deseaba era verla felizmente casada con un hombre que pudiera protegerla.

El primer príncipe entró en una sala oscura, tan solo iluminada por unas cuantas velas blancas de llama resplandeciente. Intentó hablarle a la princesa, que seguía ataviada con aquellas prendas negras, pero ésta le mandó callar con un simple gesto de su mano derecha, esta vez, sin enguantar. Acto seguido leyó un hermoso poema que ella misma había inventado y escrito. Versaba sobre la belleza, la auténtica belleza y terminaba con una inquietante frase.

- Si no puedo casarme con alguien a quien ame, al menos, el que pretenda desposarme deberá amarme a mí, y no solo mi belleza externa.

Las palabras que surgieron de sus enmascarados labios retumbaron en la cavernosa estancia. Antes de que el eco de su voz dejara de escucharse se quitó el velo y lo dejó caer al suelo, descubriendo su rostro ante el príncipe.

El joven quedó tan impresionado por lo que vio que se tapó la boca con la mano, para que el sonido de asombro que escupió su garganta no saliera al exterior. El rostro de la princesa se había convertido en el de una mujer horriblemente fea, desdentada, verrugosa y velluda. Únicamente sus ojos permanecían impassibles ante el hechizo ilusorio que había provocado en su propio aspecto.

- Si quieres mi reino, primero deberás besarme.

Uno tras otro, los pretendientes fueron despachados por su propia voluntad, espantados ante la fealdad de la princesa. Al caer la tarde, el último príncipe que todavía quedaba en palacio se personó ante la figura imponente de la oscura princesa. Ella volvió a ejecutar impassible su función, convencida de que ningún joven querría besar tan horrendo rostro por muy bellas que hubieran sido sus palabras.

- Si quieres mi reino, primero deberás besarme.

Dijo una vez más. El príncipe, con los ojos vidriosos y el vello erizado se acercó a ella y le regalo un dulce y tierno beso.

- Las palabras que habéis pronunciado han cautivado mi corazón. No deseo vuestro reino, solo permanecer a vuestro lado y seguir maravillándome con vuestros mágicos versos.

La princesa se sintió tan sorprendida que no supo responder. Su hechizo se deshizo como el humo y en su auténtico rostro, las lágrimas brillaban sobre sus suaves y sonrosadas mejillas.

- Nunca imaginé encontrar a alguien que supiera valorar la verdadera belleza.

Ella le besó, esta vez dejando salir toda la pasión que sentía ardiendo en su interior. Al fin, el destino le había traído a su alma afín sin tan siquiera sospecharlo.

La doncella sonrió por la escena que acontecía ante sus maravillados ojos. La dicha embargó su corazón, pues adoraba a la princesa y ella también deseaba su felicidad. Marchó silenciosamente del salón y le comunicó al califa, que esperaba impaciente en la habitación contigua, que la princesa había escogido al fin al que sería su futuro esposo.